

LA EDAD DE ORO

LECTURAS PARA NIÑOS

(Suplemento al REPERTORIO AMERICANO)

I



IMPRENTA Y LIBRERIA TORMO
SAN JOSE DE COSTA RICA

1925

LA EDAD DE ORO

LECTURAS PARA NIÑOS

(SUPLEMENTO AL REPERTORIO AMERICANO)

I



IMPRENTA Y LIBRERIA TORMO

SAN JOSE DE COSTA RICA

1925

El cuento de los cuatro ciegos

Cuentan un cuento de cuatro hindús ciegos, de allá del Indostán de Asia, que eran ciegos desde el nacer, y querían saber cómo era un elefante. «Vamos», dijo uno, «adonde el elefante manso de la casa del rajah, que es príncipe generoso, y nos dejará saber cómo es». Y a casa del príncipe se fueron, con su turbante blanco y su manto blanco; y oyeron en el camino rugir a la pantera y graznar al faisán de color de oro, que es como un pavo con dos plumas muy largas en la cola; y durmieron de noche en las ruinas de piedra de la famosa Jehanabad, donde hubo antes mucho comercio y poder; y pasaron por sobre un torrente colgándose mano a mano de una cuerda, que estaba a los dos lados levantada sobre una horquilla, como la cuerda floja en que bailan los gimnastas en los circos; y un carretero de buen corazón les dijo que se subieran en su carreta, porque su buey jiboso de astas cortas era un buey bonazo, que debió ser algo así como abuelo en otra vida, y no se enojaba porque se le subieran los hombres encima, sino que miraba a los caminantes como convidándoles a entrar en el carro.

Y así llegaron los cuatro ciegos al palacio del rajah, que era por fuera como un castillo, y por dentro como una caja de piedras preciosas, lleno todo de cojines y de colgaduras, y el techo bordado, y las paredes con florones de esmeraldas y zafiros, y las sillas de marfil, y el trono del rajah de marfil y de oro. «Venimos, señor rajah, a que nos deje ver con nuestras manos, que son los ojos de los pobres ciegos, cómo es de figura un elefante manso». «Los ciegos son santos», dijo el rajah, «los hombres que desean saber son santos: los hombres deben aprenderlo todo por sí mismos, y no creer sin preguntar, ni hablar sin entender, ni pensar como esclavos lo que les mandan pensar otros: vayan los cuatro ciegos a ver con sus manos el elefante manso». Echaron a correr los cuatro, como si les hubiera vuelto de repente la vista: uno cayó de nariz sobre las gradas del trono del rajah: otro dió tan recio contra la pared que cayó sentado, viendo si se le había ido en el coscorrón algún retazo de cabeza: los otros dos, con los brazos abiertos, se quedaron de repente abrazados. El secretario del rajah los llevó a donde el elefante manso estaba, comiéndose su ración de treinta y nueve tortas de arroz y quince de maíz, en una fuente de plata con su pie de ébano; y cada ciego se echó, cuando el secretario dijo «¡ahora!», encima del elefante, que era de los pequeños y regordetes: uno se le abrazó por una pata: el otro se le prendió a la trompa, y subía en el aire y bajaba, sin quererla soltar; el otro le sujetaba la cola: otro tenía agarrada un asa de la fuente del arroz

y el maíz. «Ya se», decía el de la pata: «el elefante es alto y redondo, como una torre que se mueve». «¡No es verdad!», decía el de la trompa: «el elefante es largo, y acaba en pico, como un embudo de carne». «¡Falso y muy falso!», decía el de la cola: «el elefante es como un badajo de campana!» «Todos se equivocan, todos; el elefante es de figura de anillo y no se mueve», decía el del asa de la fuente. Y así son los hombres, que cada uno cree que sólo lo que él piensa y ve es la verdad, y dice en verso y en prosa que no se debe creer sino lo que él cree, lo mismo que los cuatro ciegos del elefante, cuando lo que se ha de hacer es estudiar con cariño lo que los hombres han pensado y hecho, y eso da un gusto grande, que es ver que todos los hombres tienen las mismas penas, y la historia igual, y el mismo amor, y que el mundo es un templo hermoso, donde caben en paz los hombres todos de la tierra, porque todos han querido conocer la verdad, y han escrito en sus libros que es útil ser bueno, y han padecido y peleado por ser libres, libres en su tierra, libres en el pensamiento.

(Relerido por JOSÉ MARTÍ en *La Edad de Oro*. Nueva York, 1889).

El vestido de doña Rana

Dicen que doña Rana—cuenta Pepito—tenía grandes deseos de ponerse un vestido nuevo. Estaba cansada del suyo de seda verde y resolvió ir a casa de la «Bruja de la Roca» para que, a cambio de un puñadito de pepitas de oro, que había recogido de entre las arenas de un río, le hiciese un traje de terciopelo encarnado. La Bruja le contestó:

—Con mucho gusto se lo haré, señora Rana. Pero le prevengo que no vendrá bien con el color de su tez.

Doña Rana le dijo, entonces:

—Hágamelo azul, señora Bruja. Lo que yo deseo es no andar como todas las demás ranas, pues yo soy muy distinguida y no me gusta que me confundan con la mayoría.

—Para evitar eso, señora--intervino don Saltamontes, que también estaba de visita en casa de la Bruja—sea usted excepcionalmente buena; cante mejor que sus demás hermanas, haga una hermosa obra de arte y no se preocupe del vestido. Aunque recame éste con perlas de rocío enhebradas en rayos de sol, no ha de sobresalir por ello sólo. Llamará la atención un día o dos, pero nada más. En cambio, de la otra manera, ya verá usted qué enorme triunfo será el suyo.

Pero doña Rana se encogió de hombros y le compró a la Bruja un precioso trajecito de felpa amarilla, azul, naranja, negra, blanca, escarlata y gris. Lo que sí que, como estaba hecho para un «siete colores»,

La Edad de Oro

tuvo la Bruja que introducir en él algunas reformas. Muy contenta se marchó doña Rana a su charca. Pero, en vez de despertar admiración y envidia, como creía, lo único que consiguió fué que sus hermanas se burlaron de ella, los sapos le hicieron una rechifla y las ranitas pequeñas huyeron asustadas ante aquel feo bicho de tantos colores. Tuvo que esconder bajo las hojas de un camalote su caro vestido y ostentar de nuevo el lindo trajecito de seda verde que le había dado la sabia Naturaleza.

—¡Cuánto más me hubiera valido—pensaba con amargura—seguir los sabios consejos de don Saltamontes!

Y desde ese día se corrigió de su vanidad y tan sinceramente buena fué, que en diez leguas a la redonda, no había charca, bañado o arroyuelo donde no se comentaran y bendijesen su caridad y buen corazón.

JUANA DE IBARBOUROU

(Ejemplario. Montevideo.)

Elogio de la pobreza

...Pero no hay manjar como la buena disposición, y el hambre adereza maravillosamente hasta las cosas humildes: ella **es** la mejor cocinera del mundo; todo lo da lampreado y a poquísima costa. Dichosos los pobres si tienen qué comer, porque comen con hambre. La salud y el trabajo tienden la mesa, bien como la conciencia limpia y la tranquilidad hacen la cama: el hombre de bien, trabajador, se sienta a la una, se acuesta en la otra, y come y duerme de manera de causar envidia a los potentados. La pobreza tiene privilegios que la riqueza comprara a toda costa si los pudiera comprar; mientras que la riqueza padece incomodidades contra las cuales nada pueden onzas de oro. ¿Cuánto no daría un magnate por un buen estómago? El pobre nunca lo tiene malo, porque la escasez y moderación le sirven de tónico, y el pan que Dios le da es sencillo, fácil de digerir, como el maná del desierto. El rico cierne la tierra, se va al fondo del mar, rompe los aires en demanda de los comestibles raros y valiosos con que se emponzoña lentamente para morir en un martirio, quejándose de Dios: el pobre tiene a la mano el sustento, con las suyas lo ha sembrado enfrente de su choza, y una mata le sobra para un día. El faisán, la perdiz son necesidades para el opulento, hijo de la gula; al pobre, como al filósofo, no le atormentan deseos de cosas exquisitas. Más alegre y satisfecho sale el uno

La Edad de Oro

de su merienda parca y bien ganada, que el otro andando a penas, henchido de viandas gordas y vaporosos jugos. El uno come legumbres, el otro mariscos suculentos, producciones admirables del Océano; el uno se contenta con el agua, licor de la naturaleza; el otro apura añejos vinos; y en resumidas cuentas, el que no tiene sino lo necesario viene a ser de mejor condición que el que nada en lo superfluo. ¿Hay algo más embarazoso, fastidioso, peligroso que lo superfluo? Donde la necesidad y la comodidad se dan la mano, allí está la felicidad, y de esa combinación no nacen ni el hastío ni el orgullo; otra ventaja. Soberbia, malestar, desabrimiento, de la riqueza provienen, cuando no es bien empleada; que cuando sirve de báculo de la senectud, vestido de la desnudez, pan de la indigencia, la riqueza es fuente de gratas sensaciones, y por sus méritos a ella le toca el cetro del mundo. ¿Pero dónde están los ricos ocupados en el bien de sus semejantes? Son de especie superior, creído lo tienen, y su corazón, bronco por la mayor parte, no suele abrigar los afectos suaves, puros, que vuelven la inocencia al hombre, le poetizan y elevan hasta los ángeles, sus hermanos. El Señor promete el reino de los cielos a los pobres; de los ricos, dice ser muy difícil que atinen con sus puertas. Si, pues, los ricos tienen esta dificultad, no son los más bien librados; aunque pueden redimirse con sus caudales, empleándolos en dar de comer al hambriento, de beber al sediento, vestir al desnudo, siempre de corazón, sin prevalecer por la soberbia. El silencio es el reino

de la caridad, abismo luminoso donde no ve sino Dios; si alquilas las campanas para llamar a los pobres y dar limosna a mediodía en la puerta de la iglesia pregonando tu nombre, eres de los réprobos. La misericordia es muy callada, la compasión muy discreta, la caridad muy modesta: al cielo subimos sin ruido, porque la escalera de luz no suena.

JUAN MONTALVO

*(Capítulos que se le olvidaron
a Cervantes. París.)*

Cultivo una rosa blanca...

Cultivo una rosa blanca,
en julio como en enero,
para el amigo sincero
que me da su mano franca.

Y para el cruel que me arranca
el corazón con que vivo,
cardo ni oruga cultivo:
cultivo la rosa blanca.

JOSÉ MARTÍ

(Obras XI.)

El cardo

Una vez un lirio de jardín (de jardín de rico) preguntaba a las demás flores por Cristo. Su dueño, pasando, lo había nombrado al alabar su flor recién abierta.

Una rosa de Sarón, de viva púrpura, contestó:

—No le conozco. Tal vez sea un rústico, pues yo he visto a todos los príncipes.

—Tampoco lo he visto nunca—agregó un jazmín menudo y fragante—y ningún espíritu delicado deja de aspirar mis pequeñas flores.

—Tampoco yo—añadió todavía la camelia fría e impasible.—Será un patán: yo he estado en el pecho de los hombres y las mujeres hermosas...

Replicó el lirio:

—No se me parecería si lo fuera, y mi dueño lo ha recordado al mirarme esta mañana.

Entonces la violeta dijo:

—Uno de nosotros hay que sin duda lo ha visto: es nuestro pobre hermano el cardo. Vive a la orilla del camino, conoce a cuantos pasan, y a todos saluda con su cabeza cubierta de ceniza. Aunque humillado por el polvo, es dulce, como que da un flor de mi matiz.

—Has dicho una verdad—contestó el lirio.—Sin duda, el cardo conoce a Cristo; pero te has equivocado al llamarlo nuestro. Tiene espinas y es feo como un malechor. Lo es también, pues se queda con la lana de los corderillos, cuando pasan los rebaños.

Pero, dulcificando hipócritamente la voz, gritó, vuelto al camino:

—Hermano cardo, pobrecito hermano nuestro, el lirio te pregunta si conoces a Cristo.

Y vino en el viento la voz cansada y como rota del cardo:

—Sí; ha pasado por este camino y le he tocado los vestidos, yo, un triste cardo!

—¿Y es verdad que se me parece?

—Sólo un poco, y cuando la luna te pone dolor. Tú levantas demasiado la cabeza. El la lleva algo inclinada; pero su manto es albo como tu copo y eres hartito feliz de parecértelo. ¡Nadie lo comparará nunca con el cardo polvoroso!

—Di, cardo, ¿cómo son sus ojos?

El cardo abrió en otra planta una flor azul.

—¿Cómo es su pecho?

El cardo abrió una flor roja.

—Así va su pecho—dijo.

—Es un color demasiado crudo—dijo el lirio.

—¿Y qué lleva en las sienes por guirnalda, cuando es la primavera?

El cardo elevó sus espinas.

—Es una horrible guirnalda—dijo la camelia.—Se le perdonan a la rosa sus pequeñas espinas; pero esas son como las del cactus, el erizado cactus de las laderas.

—¿Y ama Cristo?—prosiguió el lirio turbado.

—¿Cómo es su amor?

—Así ama Cristo—dijo el cardo echando a volar

las plumillas de su corola muerta hacia todos los vientos.

—A pesar de todo—dijo el lirio—querría conocerle. ¿Cómo podría ser, hermano cardo?

—Para mirarlo pasar, para recibir su mirada, ha-ceos cardo del camino—respondió éste.—El va siempre por las sendas, sin reposo. Al pasar me ha dicho: «Bendito seas tú, porque floreces entre el polvo y alegras la mirada febril del caminante». Ni por tu perfume se detendrá en el jardín del rico, porque va oteando en el viento otro aroma: el aroma de las heridas de los hombres.

Pero ni el lirio, al que llamaron su hermano; ni la rosa de Sarón, que El cortó de niño por las colinas; ni la Madreselva trenzada, quisieron hacerse cardo del camino y, como los príncipes y las mujeres mundanas que rehusaron seguirle por las llanuras quemadas, se quedaron sin conocer a Cristo.

GABRIELA MISTRAL

(Desolación. Santiago de Chile.)

La raposa mortecina

Una raposita ha salido de su manida y se ha dirigido hacia la aldea. Todo duerme; es media noche. En la obscuridad no se percibe mas que—allá lejos—la raya negruzca de las montañas sobre la foscura del cielo. Brillan las estrellas: brillan con ese titileo radiante de las noches de invierno.

...De cuando en cuando un vientecillo ligero trae de la aldea un olor particular que nuestra raposita recoge en sus narices. El ejido del poblado está ya aquí; luego las casas; detrás de una de ellas se extienden las largas tapias de un corral. No se sabe cómo la raposita ha entrado en el corral. En los travesaños de un cobertizo están acurrucadas las gallinas, los gallos. Los gallos, tan vigilantes, no se han percatado de nada. Lentamente, pasito a paso, mirando a todos los lados, venteando todos los olores, avanza la buena raposita.

...Ya está en el gallinero nuestra zorrита; las gallinas se han dado cuenta—un poco tarde—del huésped que viene a visitarlas. La hora no es muy a propósito para cortesías. Se ha producido un ruidoso remolino en el cobertizo a la vista de la raposa. Todas las gallinas cacareaban y los gallos cantaban—despavoridos.—La raposa ha cogido una gallina entre los dientes y la ha zarandeado con violencia. Con una

tierna y gorda gallina tendría la raposita para su yantar. Pero cuando ha sentido la raposa correr entre sus fauces la sangre tibia, humeante, de la gallina, ha perdido la cabeza. ¡Cómo brillan ahora sus ojos! ¡Cómo va de una parte a otra, furiosa, abstraída, tambaleándose, como ciega, como borracha!

No se harta de destrozar gallinas; tendidas quedan muchas por tierra. En la casa deben de tener el sueño muy pesado; nadie se mueve.

...Entusiasmada, encarnizada en su labor siniestra, la raposita no ve que una claror blanquecina aparece por Oriente. La aurora comienza a anunciarse.

...A nuestra raposita se le ha hecho tarde. No puede salir sin peligro del gallinero; van y vienen gentes por la aldea. Otros gallos lejanos cantan; un can ladra. No tiene más recurso nuestra raposa que salir a la calle y tenderse en medio haciéndose la muerta. Porque si la vieran correr por las calles del pueblo ¿qué sería de ella?

...Nuestra raposita se hace la muerta; en medio de la calle está tendida. No es cosa rara, donde hay muchas zorras, ver una zorra muerta en medio del arroyo. Va paseando la gente. «A cabo de una pieza, pasó por hi un home, y dixo que los cabellos de la frente del raposo que eran muy buenos para poner en las frentes de los mozos pequeños, porque no los ahojen». Con unas tijeras, este hombre curioso trasquila la frente de la zorrита. La zorrита se estuvo quieta.

Después otro transeunte vió la raposa y dijo lo mismo de los pelos del lomo. Le trasquiló los pelos del lomo. La raposita se estuvo quieta. Luego otro hizo la misma observación del pelo de las ijadas. Le trasquiló las ijadas. La raposita se estuvo quieta. «Nunca se movió el raposo, porque entendía que aquellos cabellos non le farían gran daño en los perder». Otro viandante llegó más tarde y dijo que la uña del raposo es buena para curar los panadizos. Tajóle las uñas a la raposita. La raposita no se movió. Después otro dijo que el diente de la zorra cura los males de dientes. Quitóle un diente a la raposita. La raposita no se movió. A seguida vino otro y manifestó que el corazón del raposo es conveniente para nuestros dolores de corazón. Metió mano a un cuchillo para sacarle al raposo su corazón. «Y el raposo vió que le querían sacar el corazón y ge si que lo sacassen, que non era cosa que se pudiese cobrar». Entónces la raposita dió un salto, echó a correr y se perdió a lo lejos.

...En nuestras casas, en la vida cotidiana, debemos pasar por alto—indulgentemente—las pequeñas cosas. En la vida pública, a la vista de todos, de igual manera, no debemos de ponernos fieros ante lo que en sí tiene escasa importancia. No coloquemos nuestro natural y legítimo deseo de dignificación y de reivindicación en un plano demasiado alto. Si el puntillo de honor lo ponemos muy subido, a cada momento tendremos que estar en altercaciones, porfías y denuedos. Nuestra vida se hará imposible. Una palabra, un gesto,

un ademán, un ligero desdén, una inflexión de cólera, un matiz de irritación en los demás tendrán para nosotros una importancia decisiva. No; sepamos pasar por todo esto. La raposita no se movía cuando le trasquilaban el lomo y la frente; aquello no tenía para ella importancia. Pero cuando se trate de cosa grande, cuando se trate del corazón—como en el caso de la raposa,—entonces pongamos todas nuestras fuerzas, todo nuestro ardor, todo nuestro ímpetu en defender la esencialidad de nuestro ser moral: las ideas, los procedimientos, la conducta, la honradez, la sinceridad.

(Vuelto a contar por Azorín:
Los Valores Literarios, Madrid).

Anécdota

Cuentan que un hidalgo, con fama de tahir incorregible, presentó un memorial solicitando se le acudiese con un empleo de hacienda que había vacado, y que el virrey⁽¹⁾ puso de su mano y letra esta providencia: «No debo arriesgarlo a que juegue la hacienda de Su Majestad, como ha jugado la propia. Enmiéndese y proveeráse».

RICARDO PALMA.

(*Tradiciones Peruanas*, Calpe, Madrid).

(1) Luis de Velazco, noveno virrey del Perú (1596).

Tiene el leopardo un abrigo...

Tiene el leopardo un abrigo
en su monte seco y pardo:
yo tengo más que el leopardo,
porque tengo un buen amigo.

Duerme, como en un juguete,
la mushma en su cojinete
de arce del Japón: yo digo:
«No hay cojín como un amigo».

Tiene el conde su abolengo:
tiene la aurora el mendigo:
tiene ala el ave: ¡yo tengo
allá en México un amigo!

Tiene el señor presidente
un jardín con una fuente,
y un tesoro en oro y trigo:
tengo más, tengo un amigo.

JOSÉ MARTÍ

(Obras XL.)

El loro pelado

Había una vez una bandada de loros que vivían en el monte. De mañana temprano iban a comer choclos a la chacra, y de tarde comían naranjas. Hacían gran barullo con sus gritos, y tenían siempre un loro de centinela en los árboles más altos, para ver si venía alguien.

Los loros son tan dañinos como la langosta, porque abren los choclos para picotearlos, los cuales después se pudren con la lluvia. Y como al mismo tiempo los loros son ricos para comer guisados, los peones los cazaban a tiros.

Un día, un hombre bajó de un tiro a un loro centinela, el que cayó herido y peleó un buen rato antes de dejarse agarrar. El peón lo llevó a la casa, para los hijos del patrón, y los chicos lo curaron, porque no tenía más que una ala rota. El loro se curó muy bien, y se amansó completamente. Se llamaba Pedrito. Aprendió a dar la pata; le gustaba estar en el hombro de las personas y con el pico les hacía cosquillas en la oreja.

Vivía suelto, y pasaba casi todo el día en los naranjos y eucaliptos del jardín. Le gustaba también burlarse de las gallinas. A las cuatro o cinco de la tarde, que era la hora en que tomaban el té en la casa, el loro entraba también en el comedor, y se subía con el pico y las patas por el mantel, a comer pan mojado en leche. Tenía locura por el té con leche.

Tanto se daba Pedrito con los chicos, y tantas cosas le decían las criaturas, que el loro aprendió a hablar. Decía: «¡buen día, lorito!...» «¡rica, la papa!...» «¡papa para Pedrito!...» Decía otras cosas más que no se pueden decir, porque los loros, como los chicos, aprenden con gran facilidad malas palabras.

Cuando llovía, Pedrito se encrespaba y se contaba a sí mismo una porción de cosas, muy bajito. Cuando el tiempo se componía, volaba entonces, gritando como un loco.

Era, como se ve, un loro bien feliz, que además de ser libre, como lo desean todos los pájaros, tenía también como las personas ricas, su *five o'clock tea*.

Ahora bien, en medio de esta felicidad, sucedió que una tarde de lluvia salió por fin el sol después de cinco días de temporal, y Pedrito se puso a volar gritando:

—«¡Qué lindo día, lorito!... rica, papa!... ¡la pata, Pedrito!...» Y volaba lejos, hasta que vio debajo de él, muy abajo, el río Paraná, que parecía una lejana y ancha cinta blanca. Y siguió, siguió volando, hasta que se asentó por fin en un árbol a descansar.

Y he aquí que de pronto vio brillar en el suelo, a través de las ramas, dos luces verdes, como enormes bichos de luz.

—«¿Qué será?»—se dijo el loro.—«¡Rica, papa!...» ¿qué será eso?... «¡buen día, Pedrito!»

El loro hablaba siempre así, como todos los loros, mezclando las palabras sin ton ni son, y a veces costaba entenderlo. Y como era muy curioso, fué bajando

de rama en rama, hasta acercarse. Entonces vió que aquellas dos luces verdes eran los ojos de un tigre que estaba agachado, mirándolo fijamente.

Pero Pedrito estaba tan contento con el lindo día, que no tuvo ningún miedo.

—«¡Buen día, tigre!»—le dijo.—«¡La pata, Pedrito!...»

Y el tigre, con esa voz terriblemente ronca que tiene, le respondió:

—«*Bu-en dí-a!*»

—«¡Buen día, tigre!»—repitió el loro.—«¡Rica, papa!... rica, papa!... rica, papa!...»

Y decía tantas veces «¡rica, papa!» porque ya eran las cuatro de la tarde, y tenía muchas ganas de tomar té con leche. El loro se había olvidado de que los bichos del monte no toman té con leche, y por esto lo convidó al tigre.

—«¡Rico, té con leche!»—le dijo.—«¡Buen día, Pedrito!...» ¿Quieres tomar té con leche conmigo, amigo tigre?

Pero el tigre se puso furioso porque creyó que el loro se reía de él; y además, como tenía a su vez hambre, se quiso comer al pájaro hablador. Así es que le contestó:

—«*Bue-no! ¡Acercá-te un poco, que soy sor-do!*»

El tigre no era sordo: lo que quería era que Pedrito se acercara mucho para agarrarlo de un zarpazo. Pero el loro no pensaba sino en el gusto que tendrían en la casa cuando él se presentara a tomar té con leche con aquel magnífico amigo. Y voló hasta otra rama más cerca del suelo.

—¡Rica, papa, en casa!—repitió, gritando cuanto podía.

—*¡Más cer-ca! ¡No oi-go!*—respondió el tigre con su ronca voz.

El loro se acercó un poco más, y dijo:

—¡Rico, té con leche!

—*¡Más cer-ca toda-vía!*—repitió el tigre.

El pobre loro se acercó aún más, y en ese momento el tigre dió un terrible salto, tan alto como una casa, y alcanzó con la punta de las uñas a Pedrito. No alcanzó a matarlo, pero le arrancó todas las plumas del lomo, y la cola entera. No le quedó una sola pluma en la cola.

—*¡Tomá!*—rugió el tigre—*Andá a tomar té con leche...*

El loro, gritando de dolor y de miedo, se fué volando. Pero no podía volar bien, porque le faltaba la cola, que es como el timón de los pájaros. Volaba cayéndose en el aire de un lado para otro, y todos los pájaros que lo encontraban, se alejaban asustados de aquel bicho raro.

Por fin pudo llegar a la casa, y lo primero que hizo fué mirarse en el espejo de la cocinera. ¡Pobre Pedrito! Era el pájaro más raro y más feo que puede darse, todo pelado, todo rabón, y temblando de frío. ¿Cómo iba a presentarse en el comedor, con esa figura? Voló entonces hasta el hueco que había en el tronco de un eucalipto y que era como una cueva, y se escondió en el fondo, tiritando de frío y de vergüenza.

Pero entretanto, en el comedor todos extrañaban su ausencia.

—¿Dónde estará Pedrito?—decían. Y llamaban:—¡Pedrito! ¡Rica papa, Pedrito! ¡Té con leche, Pedrito!

Pero Pedrito no se movía de su cueva, ni respondía nada, mudo y quieto. Lo buscaron por todas partes, pero el loro no apareció. Todos creyeron entonces que Pedrito había muerto, y los chicos se echaron a llorar.

Todas las tardes, a la hora del té, se acordaban siempre del loro, y recordaban también cuánto le gustaba comer pan mojado en té con leche. ¡Pobre Pedrito! Nunca más lo verían porque había muerto.

Pero Pedrito no había muerto, sino que continuaba en su cueva sin dejarse ver por nadie, porque sentía mucha vergüenza de verse pelado como un ratón. De noche bajaba a comer, y subía enseguida. De madrugada descendía de nuevo, muy ligero, e iba a mirarse en el espejo de la cocinera, siempre muy triste porque las plumas tardaban mucho en crecer.

Hasta que por fin un día, o una tarde, la familia, sentada a la mesa a la hora del té, vió entrar a Pedrito muy tranquilo, balanceándose, como si nada hubiera pasado. Todos se querían morir de gusto cuando lo vieron, bien vivo y con lindísimas plumas.

—¡Pedrito, lorito!—¡Qué te pasó, Pedrito! ¡Qué plumas brillantes que tiene el lorito!

Pero no sabían que eran plumas nuevas, y Pedrito, muy serio, no decía tampoco una palabra. No hacía sino comer pan mojado en té con leche. Pero lo que es hablar, ni una sola palabra.

Por esto, el dueño de casa se sorprendió mucho cuando a la mañana siguiente el loro fué volando a

pararse en su hombro, charlando como un loco. En dos minutos le contó lo que le había pasado: su paseo al Paraguay, su encuentro con el tigre, y lo demás; y concluía cada cuento, cantando:

—¡Ni una pluma en la cola de Pedrito! ¡Ni una pluma! ¡ni una pluma!

Y lo invitó a ir a cazar al tigre entre los dos.

El dueño de casa, que precisamente iba en ese momento a comprar una piel de tigre que le hacía falta para la estufa, quedó muy contento de poderla tener gratis. Y volviendo a entrar en la casa para tomar la escopeta, emprendió junto con Pedrito el viaje al Paraguay. Convinieron en que cuando Pedrito viera al tigre lo distraería charlando, para que el hombre pudiera acercarse despacito con la escopeta.

Y así pasó. El loro, sentado en una rama del árbol, charlaba y charlaba, mirando al mismo tiempo a todos lados, para ver si veía al tigre. Por fin sintió un ruido de ramas partidas, y vió de repente debajo del árbol dos luces verdes fijas en él: eran los ojos del tigre.

Entonces el loro se puso a gritar:

—¡Lindo día!... ¡rica, papa!... ¡rico té con leche!... ¿quieres té con leche?...

El tigre, enojadísimo al reconocer a aquel loro pelado que él creía haber muerto, y que tenía otra vez lindísimas plumas, juró que esa vez no se le escaparía, y de sus ojos brotaron dos rayos de ira cuando respondió con su voz ronca:

—¡Acer-cá-te más! ¡Soy sor-do!

El loro voló a otra rama más próxima, siempre charlando:

—¡Rico, pan con leche!... ESTÁ AL PIE DE ESTE ÁRBOL!...

Al oír estas últimas palabras, el tigre lanzó un rugido y se levantó de un salto.

—¿Con quién estás hablando?—bramó.—¿A quién le has dicho que estoy al pie de este árbol?

—¡A nadie, a nadie!—gritó el loro.—¡Buen día, Pedrito!... ¡La pata, lorito!

Y seguía charlando y saltando de rama en rama, y acercándose. Pero él había dicho: *Está al pie de este árbol* para avisarle al hombre, que se iba arrimando bien agachado y con la escopeta al hombro.

Y llegó un momento en que el loro no pudo acercarse más, porque si no caía en la boca del tigre, y entonces gritó:

—¡Rica, papa!... ¡ATENCIÓN!

—¡Más cer-ca aún!—rugió el tigre, agachándose para saltar.

—¡Rico, té con leche!... ¡CUIDADO, VA A SALTAR!

Y el tigre saltó, en efecto. Dió un enorme salto, que el loro evitó lanzándose al mismo tiempo como una flecha al aire. Pero también en ese mismo instante el hombre, que tenía el cañón de la escopeta recostado contra un tronco para hacer bien la puntería, apretó el gatillo, y nueve balines del tamaño de un garbanzo cada uno, entraron como un rayo en el corazón del tigre, que lanzando un bramido que hizo temblar el monte entero, cayó muerto.

Pero el loro, ¡qué gritos de alegría daba! Estaba loco de contento, porque se había vengado—¡y bien vengado!—del feísimo animal que le había sacado las plumas.

El hombre estaba también muy contento, porque matar a un tigre es cosa difícil, y además tenía la piel para la estufa del comedor.

Cuando llegaron a la casa, todos supieron por qué Pedrito había estado tanto tiempo oculto en el hueco del árbol, y todos lo felicitaron por la hazaña que había hecho.

Vivieron en adelante muy contentos. Pero el loro no se olvidaba de lo que le había hecho el tigre, y todas las tardes, cuando entraba en el comedor para tomar el té, se acercaba siempre a la piel del tigre, tendida delante de la estufa, y lo invitaba a tomar té con leche.

—¡Rica, papa!...—le decía.—¿Querés té con leche?... ¡La papa para el tigre!...

Y todos se morían de risa. Y Pedrito también.

HORACIO QUIROGA.

(Cuentos de la Selva, Buenos Aires).

La aventura de Arión

La cosa suele contarse así: Arión, habiendo vivido mucho tiempo en la corte al servicio de Periandro⁽¹⁾, quiso hacer un viaje a Italia y a Sicilia, como efectivamente lo ejecutó por mar; y después de haber juntado allí grandes riquezas, determinó volverse a Corinto. Debiendo embarcarse en Tarento, fletó un barco corintio, porque de nadie se fiaba tanto como de los hombres de aquella nación. Pero los marineros, estando en alta mar, formaron el designio de echarle al agua, con el fin de apoderarse de sus tesoros. Arión entiende la trama, y les pide que se contenten con su fortuna, la cual les cederá muy gustoso con tal de que no le quiten la vida. Los marineros, sordos a sus ruegos, solamente le dieron a escoger entre matarse con sus propias manos, y así lograría ser sepultado después en tierra, o arrojarse inmediatamente al mar. Viéndose Arión reducido a tan estrecho apuro, pidiéndoles por favor le permitieran ataviarse con sus mejores vestidos, y entonar antes de morir una canción sobre la cubierta de la nave, dándoles palabra de matarse por su misma mano luego de haberla concluido. Convinieron en ello los corintios, deseosos de disfrutar un buen rato oyendo cantar al músico más afamado de su tiempo; y con este fin dejaron todos la popa y se vinieron a oírle en medio del

(1) Señor de Corinto.

barco. Entonces el astuto Arión, adornado maravillosamente y puesto el pie sobre la cubierta, con la cítara en la mano, cantó una composición melodiosa, llamada el *Nomo orthio*, y habiéndola concluido, se arrojó de repente al mar. Los marineros, dueños de sus despojos, continuaron su navegación a Corinto, mientras un delfín (según nos cuentan) tomó sobre sus espaldas al célebre cantor y lo condujo salvo a Ténaro. Apenas puso Arión en tierra los pies, se fué en derechura a Corinto vestido con el mismo traje, y refirió lo que acababa de suceder.

Periandro, que no daba entero crédito al cuento de Arión, aseguró su persona y le tuvo custodiado hasta la llegada de los marineros. Luego que ésta se verificó, los hizo comparecer delante de sí, y les preguntó si sabrían darle alguna noticia de Arión. Ellos respondieron que se hallaba perfectamente en Italia, y que le habían dejado sano y bueno en Tarento. Al decir esto, de repente comparece a su vista Arión, con los mismos adornos con que se había precipitado en el mar; de lo que, aturdidos ellos, no acertaron a negar el hecho y quedó demostrada su maldad. Esto es lo que refieren los corintios y lesbios; y en Ténaro se ve una estatua de bronce, no muy grande, en la cual es representado Arión bajo la figura de un hombre montado en un delfín.

HERODOTO.

(Los Nueve Libros de la Historia).

Agua de riego

Agua de manos blandas y livianas,
agua maravillada, agua de riego!...

Como frase de niño que refresca
los áridos pensares del abuelo
y le ablanda durezas del espíritu,
así vas penetrando en el sembrado
y haces tuya la tierra: te agradece
el terrón, y los brotes te hacen sombra
con ingenua insistencia, porque no halles
tan caluroso el sol; y te saludan
con temor infantil aquellos tallos
todavía distantes... y tú sabes
que gravita en el aire un regocijo
y una inmensa ternura; y nada dices
que son los hijos tuyos!

Agua, corre
y fecunda este valle, y pon tus labios
en todas las raíces: tú refrescas
el corazón del campesino; agrandas
sus ocultos monólogos, y abrigas
de santidad su aspiración. Son hondos
tus rumores para él, pues que le saben
a encantos de arboledas, a cercanas
desenvolturas de hojas, a visiones
de creceres continuos, y le envuelven
en un sonar de espigas el espíritu.

Vienes a ser impulso en su latido:
verdura y claridad, en su esperanza,
acelerada sangre, en el abrazo;
calor de besos y arrullar de cunas.

Algún grano de trigo saldrá un día
de estos endebles tallos que hoy empapas
a contar en las hostias el milagro
continuo de tus dedos fervorosos.

ERNESTO A. GUZMÁN.

Santiago de Chile.

Clemencia del Mariscal Sucre

Meses después fué aprehendido en el palacio presidencial de Chuquisaca en altas horas de la noche, y cerca de la puerta del dormitorio del mariscal, el comandante Valentín Morales Matos, armado de un puñal; interrogado por los edecanes de guardia, confesó que se había propuesto matar al general Sucre por haberle despachado desfavorablemente una solicitud introducida en el Ministerio de la Guerra. Sometido al día siguiente a un Consejo de Guerra, presidido por el general Lanza, se le condenó a muerte. Arrójase la madre del reo a los pies de Sucre, pidiéndole el perdón de su hijo, y haciéndole saber que era un mozo violento de carácter, capaz de un

crimen en un arrebató de cólera, pero capaz también de la más noble acción en favor de sus jefes y de la patria; Sucre la alza y le contesta con estas bellas palabras dignas de los Antoninos:

«Alce usted, señora, y enjague su llanto. El delito de su hijo ha sido únicamente contra mi persona, y esta circunstancia mitigará el rigor de la ley que le castigue. Espero la ley que he pedido al Congreso designando mis atribuciones, y en ella se hallará la de conmutar la pena de muerte, y será usted servida».

A pocos días confinó al reo a uno de los departamentos de la República. Marchaba aquel desgraciado por los caminos públicos, desdeñado de todos, como el réprobo que había querido asesinar al padre de la patria; abrumado de dolor y vergüenza no se atrevía a pasar por los poblados, sino que esperaba la noche para acostarse a orillas del camino, y tan pobre andaba que no tenía con qué comprar un pan. Registrando su maleta una tarde se quedó atónito al encontrarse con un paquete de doscientos pesos en monedas de oro, sin poder atinar con la persona que hubiera podido darle aquella limosna. Nada se pudo averiguar entonces; pero pasado mucho tiempo, declaró don Felipe Alvarez, mayordomo de palacio del mariscal, que aquellos doscientos pesos habían sido una dádiva reservada del General Sucre. Así cumplía con espíritu verdaderamente cristiano, el precepto de Jesús, cuando decía a sus discípulos en el sermón de

la montaña: «Mas tú, cuando hicieres limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha».

Y no bien se hubo expedido por el Congreso la ley en que se le daba el derecho de gracia para los condenados a muerte, cuando dictó en Ancoma, departamento del Potosí, a 25 de mayo de 1827, el siguiente decreto:

ANTONIO JOSE DE SUCRE,

ETC., ETC., ETC.

Considerando: que deseo celebrar de un modo digno de los principios clementes del Gobierno el aniversario del primer día en que los pueblos de Bolivia invitaron a la América a la gloriosa insurrección que ha emancipado el Nuevo Mundo; en uso de la atribución 28, art. 83 de la Constitución:

DECRETO:

.....
Art. 3.º El reo Valentín Matos, condenado a muerte y conmutada esa pena en destierro que actualmente sufre por el asesinato premeditado contra mi persona, queda exento de toda pena por dicho delito en virtud de la autorización que obtuve del Congreso Constituyente para indultarlo.
ANTONIO JOSÉ DE SUCRE.—*Facundo Infante.*

El reo regresó a Bolivia en 1828, y murió muchos años después en Cochabamba de muerte natural; y dicen que, cuando oía nombrar al mariscal, bajaba la cabeza y se le arrasaban de lágrimas los ojos.

LAUREANO VILLANUEVA.

(Vida de don A. J. de Sucre).

Los juegos

Saben muchos juegos estos niños. Pero, uno de los que más les gusta es tomarse de la mano, hacer una rueda y cantar mientras dan vueltas rítmicamente. Titán, que no sabe cantar, ladra de una manera ruidosa, saltando en torno. A menudo Abel también viene a hacer cabriolas junto al grupo, con lo que todos ríen. Y los niños cantan la canción de la:

RUEDA, RUEDA

A la rueda, rueda:
que cayó del cielo,
al agua del río
un lindo lucero.

A la rueda, rueda:
que la princesita
para sus cabellos
quiere la estrellita.

A la rueda, rueda:
que se enoja el rey
y dice a los pajes
que no se la den.

A la rueda, rueda:
que llega el galán
y a la princesita
se la ofrecerá.

A la rueda, rueda:
que se casarán
y el rey y la reina
a la boda irán.

Cantadla, niñitos. Y veréis qué lindo es el juego
de la *Rueda, rueda*.

JUANA DE IBARBOUROU

(Ejemplario. Montevideo).

El poder de la ilusión

Al regreso de cierta comisión olímpica, detúvose Mercurio a descansar en la isla de Nio. Era noche cerrada; y hallándose próximo el dios a una cabaña de pescadores, propúsose, conforme a su índole, atisbar el interior por una rendija.

Hilaban junto al fuego las tres hijas del pescador; y para divertirse, entrècontábanse sus ilusiones.

—Yo, dijo la primogénita que se llamaba Halia, la salada, y que lo era, en efecto, por su gracia picante, yo quisiera casarme con el gran sacerdote de Apolo. Y desbarató la excesiva pretensión en el cristal de una carcajada.

—Yo, repuso la segunda, cuyo nombre era Klymene, la famosa, y que lo merecía por sus magníficos cabellos, quisiera casarme con el joyero que tenga las

mejores perlas en el emporio de Corinto. ¡Qué diadema me haría!... Y evaporó el ensueño imposible en las alas de un suspiro.

En cuanto a la pequeña, llamada Phanión, claridad, por la luz de sus ojos azules, afirmó muy seriamente y sin vacilar:

—Yo quisiera casarme con el hijo del rey.

Como las jóvenes eran hermosas, lo que ponía a Mercurio de buen humor, y como le era simpática la gente de las Cícladas, propúsose colmar, al cabo del año, los deseos de las tres ilusas.

Y cada una recibió la suerte que había esperado.

La mayor casó con el sacristán de Delos, en quien pensaba realmente aquella noche. La segunda, con el dependiente de un perlero, pues tal había sido su verdadera aspiración.

Pero Phanión la pequeña, desposóse con el príncipe que naufragó al efecto en la costa, y que salvado por ella le pagó así la deuda de la vida—pues a la vida, en efecto, sólo puede pagársela con amor—porque en la perfección de su sinceridad había deseado ser realmente princesa.

LEOPOLDO LUGONES.

(Filosoficula. Buenos Aires).